

Biblioteca Nacional

Santiago

LA VOZ LIBERAL

Periódico de los Lunes



AÑO I—NUM. 11

SANTIAGO, LÚNES 2 DE ENERO DE 1893

PRECIO 5 CTS.

EL PROGRESO INDEFINIDO.

Repasad la historia de la humanidad en sus diferentes períodos i diversas fases; examinad esa multitud de hechos que en ella se suceden sin tregua ni descanso, con lógico encadenamiento; esa mutación de los pueblos que nacen, viven i mueren, dejando sucesores que continúan la obra común de adelante; contemplad a las sociedades, que han perfeccionado paulatinamente sus gobiernos i se levantan ahora constituidos en repúblicas, nacidas de la ceniza de las antiguas instituciones, purificadas por las revoluciones santas; i de todo sacaréis la consecuencia del progreso indefinido que lleva al hombre hacia el perfeccionamiento, a través de los siglos, como si una fuerza poderosa lo impulsara.

Es imposible abarcar en unas pocas páginas, esa faja de luz que se extiende desde los orígenes hasta nuestros días; es imposible circunscribir en cortas líneas ese cúmulo de acontecimientos que se suceden en la vida de los hombres i de los pueblos, i que son la prueba elocuente de este progreso que enseña la razón i atestiguan los siglos.

Sin embargo, procuraremos descender el velo del pasado para buscar el testimonio de esa verdad luminosa que niegan algunos, cegados por la venda impura i degradante del fanatismo religioso. ¿Hasta dónde llegará la humanidad en su adelanto i perfeccionamiento?

El objeto de este artículo es dar una respuesta a esta pregunta que se han hecho muchos i que no se han atrevido a contestar, ora seducidos por la luz intensa de un progreso sin fin, ora temerosos ante la suma oscura de un cataclismo que llevará a la humanidad a la destrucción, a la muerte i a la nada!

No son las religiones las llamadas a decidir estas graves cuestiones científicas, porque nacidas del temor i la ignorancia en los tiempos primitivos, se han revestido de la majestad que han dado los siglos a las ridiculeces de la revelación, para imponer en las conciencias i encadenar la razón al carro fatal del oscurantismo.

Basta leer la historia. Campanella en el tormento, Jordano Bruno en la hoguera i Galileo en las sombrías prisiones de la Inquisición, sellaron con sus martirios las verdades eternas que contradecían el error fundamental del libro revelado del catolicismo, que quiso subyugar la razón i hacer servir a los intereses de una secta los primeros vuelos de la inteligencia libre pensadora.

Los pasos del hombre por el mundo son una continuada marcha de progreso, desde que apareció, a principios de la edad cuaternaria, hasta nuestros días; desde que rústico i salvaje vagó en las selvas buscando su sustento diario, hasta la vida tranquila de concurrencia común de las sociedades modernas.

Este movimiento progresivo de la civilización no lo notareis si examináis un solo pueblo; en él no véis el progreso de la humanidad, sino el adelanto local de algunos siglos. Ese pueblo morirá después de haber envejecido, exangüe, sin que sus últimos i vacilantes pasos lo haya dirigido al progreso, sino a la tumba. Pero sobre sus cenizas se levantará uno nuevo que heredará su civilización, i partiendo de allí continuará avanzando, adelantando cada vez mas en conocimientos, mas en saber i ciencia, acercán-

dose mas al pináculo de luz a que se dirige la humanidad; porque, así como al girar la tierra, la luz crepuscular que vió la muerte del día en un hemisferio alumbraba en el otro con los colores risueños del alba, así también la ciencia de una nación moribunda luce con el esplendor brillante de la aurora sobre la cuna del pueblo joven que nace al mundo i al saber.

No se presenta en la historia un solo hecho aislado: todo es un encadenamiento lógico de causas i efectos que se suceden como en los eslabones de una cadena. En India jermínaron las ideas que dieron grandeza al Egipto; Grecia sustituyó al viejo coloso africano en la obra rejección del progreso i sobrepasó a su maestro, robándole sus propias luces; Roma heredó a Grecia, i a aquella, la Edad Media. Ésta es campo fecundo en que jermínaron las ideas de la antigüedad, i de donde surgieron hermosas i brillantes, después de una gestación de diez siglos, ilustrando a las generaciones modernas, que contribuyen, como las otras, a la consumación de las leyes eternas de progreso, con los despojos brillantes de la revolución francesa, entonando un himno a la libertad alumbrados por los últimos rayos del sol del Siglo XIX.

Con todo, algunos dicen que el progreso se detuvo en la Edad Media; que el viento helado del olvido fué a apagar allí la luz de la civilización. ¿Error! Así como la hoguera que en llama abrasadora se estingue i se difata parece morir cuando un nuevo haz de vida viene a cubrirlo, la Edad Media purificó i apagó la luz divina del progreso, cuando en realidad le daba nueva vida amontonando sobre ella siglos de experiencia i estudio.

Cuando Roma cayó, la debilitada sangre de la raza latina alimentaba una generación corrompida, i al unirla con la de los hombres de rústicos bosques de Germania i Galia, adquirió el calor i vida necesarios a su existencia, fatigada ya en la lucha del progreso. La semilla que sembró la antigüedad jermínó en el seno de los claustros durante la Edad Media i produjo la época brillante de las edades modernas.

La invención que descubre i la necesidad que muere son las dos formas del progreso, que concluirá cuando la inteligencia muera o la necesidad no exista.

La inteligencia palpita en el seno de la naturaleza, e inmortal, revivirá siempre bajo las miradas del alma universal, i la necesidad no concluirá para el hombre porque es inherente a su imperfección.

Consideradlo bajo este aspecto, el progreso no concluirá hasta que llegue el alma humana a identificarse con el ideal de Dios, hasta que vuelva al seno de la sabiduría de donde brotó.

Todo el progreso, todo adelante i los ramos de la civilización se extienden i abarcan la creación entera. El mundo que creemos solitario en nuestras calladas noches se mueve como el nuestro i como el nuestro gira. ¿Por que no ha de progresar i por que se niega que habite en él la vida i la inteligencia?

En nuestro orgullo fitivo nos hemos hecho reyes sin conocer nuestra pequeñez: creímos satisfacer que el universo fué creado para nosotros; que el sol i la luna no tenían otro objeto que el de ser las lumbres de nuestros días i de nuestras noches (perdóneme Moisés) i que las estrellas fueron creadas para ameni-

zar las embalsamadas noches del verano con su poética luz; lo que quiere decir (i creo oír la carejada de Voltaire) que el hombre tiene raíces para poner sus antojos.

Aunque se oponga el conservantismo, viejo guardián de las instituciones corrompidas el progreso seguirá su rumbo con paso acelerado, colmando los abismos que encuentre a su paso.

La inteligencia se asombra, al contemplar los luctuosos períodos por que pasaron los hombres primitivos i las efraimiosas de las épocas modernas; i se sonríe con legítima esperanza al pensar que este progreso seguirá sin detenerse nunca, por que está gravado en la mente humana con caracteres de fuego.

¿Decaerá algún día, cuando toque la cuna i contemple a sus plantas los elementos que empieza a dominar ahora? Sí, decaerá. El progreso adquirido a costa de tantos sacrificios se perderá en las sombras i en la nada, cuando nuestro mundo, cansado de bogar sienta su vitalidad muerta i el frío de la vejez en sus ateridos miembros?

Así como un pueblo hereda el adelanto de otro i recoge de sus cenizas el tesoro inmaculado de su ciencia, que conquistó con sus lágrimas, su sangre i el sudor de su frente, heredarán otros mundos el legado de nuestra vieja tierra, cuando en el transcurso de las edades, lleguen para ella las horas de agonía i necesite rejuvenecerse con la muerte.

¡No, no trabajamos para nosotros solamente, trabajamos también para una sociedad mas grande: la sociedad de los mundos!

RABELÉ.

El fraile.

Inteligencia que, soberana i con insaciable afán, busca de los fenómenos de la naturaleza las leyes a las cuales obedecen; voluntad que arrojosa, i firme, los obstáculos salva o vence hasta mirar por el éxito coronados los esfuerzos; sensibilidad que, ávida de amor i de gloria, se sublima riñiendo a la belleza i los buenos tributos de afectos i deseos: tal es el hombre. Cuando el mismo o los acontecimientos hagan por desviarle en todo o parte de este modo de ser, habrá de atacar leyes inmutables impuestas por la naturaleza de su existencia i producirá la desgracia amarga i sin reparo de quien, ciego o desventurado, quizo fuera del armónico desarrollo de su ser encontrar la satisfacción de las múltiples necesidades de órdenes diversos que le dominan.

Esto es lo que el fraile ejecuta i, por ello, bien se puede cubrir a ser tan desgraciado con el manto de la compasión, si sus actos de perversas consecuencias no arrancaran del alma un grito de anatema.

El fraile, por las doctrinas que dice crear i tiene que difundir, debe, como todo católico, asesinar con el puñal del dogma toda investigación, todo razonamiento que no se encuadren dentro del marco que a su inteligencia la Iglesia le señala con imperio indeclinable. Pero con una urgencia i eficacia que con las proveñientes del dogma, pierde toda libertad de pensar el fraile por medio de aquel voto de obediencia ciega hecho ante el superior bajo la bóveda del templo i en el momento de colgar sobre sus hombros la ignominiosa vestidura monacal. Ese

voto implica el desconocimiento mas completo i deplorable de la dignidad humana, es el escándalo mas inaudito i demoralizador que se puede entre los crímenes de nuestro siglo apuntar. Por cuanto esa abnegación de la facultades espirituales del individuo torna al hombre libre en esclavo o, como dice con frase enérgica la profesión del fraile jesuita, es un calvario que obedece al fraile superior con la docilidad con que la hoja desprendida del árbol sigue el rumbo i ocupa el lugar que el viento le señala. Ese voto de obediencia aboga, pues, las expansiones de la mente investigadora, si posible fuera que tan desventura los seres tuvieran la natural osadía de remontar por un instante siquiera el vuelo mas allá de la cárcel en que la fe i la voluntad del superior los relegaran.

Ese mismo voto de obediencia hecho bajo de juramento por el fraile, es el veneno que, activo, también mata la voluntad impidiéndole manifestarse siempre como no sea sometida a los dictados del superior. Esta abdicación de la voluntad es complemento necesario de la servidumbre de la inteligencia impuesta por los votos que hace el fraile, porque, si los actos no estuvieran entorpecidos, quien sabe si mas de una vez la naturaleza esclava se sintiera agobiada i quisiera tender el vuelo por el espacio inmenso donde la libertad, los placeres del espíritu i los del amor la tentarán a revelarse contra la férrea i absurda dominación que la subyuga.

I si la inteligencia i la voluntad del fraile yacen durmiendo eterno sueño sobre la almohada del voto de la obediencia ciega, los afectos i los deseos de amar i ser amado no pueden sentirlos el individuo viviendo la vida del fraile, o sea, la vida en que el amor filial muere en los albos de la vida i en que el amor de padre i de esposo tampoco es posible sentirlos porque el llamado voto de castidad impide verificar cumplidamente todo eso. I esto solo bastaría para maldecir con la mas acre censura la vida monástica; pues si nada hai mas conforme con la naturaleza humana que la vida del hogar doméstico, ni nada mas tierno i consolador que los santos i puras amores que en los lares paternos moran, aquello que los ataca, aquello que los esterilice, tendrá forzosamente que ir contra nuestro modo de ser i, por tanto, será inmoral i pernicioso.

De todo esto, pues, resulta que la vida monástica es por su esencia un estado maléfico para quien lo sigue; i también se deduce que perjudica a la sociedad, porque el fraile es una voluntad ménos que obra, una inteligencia ménos que concibe, un corazón ménos que late, un brazo mas que inactivo permanece. un hombre mas que inactivamente se perpetúa en su descendencia, es, en fin, un elemento de vida i progreso arrebatado por el fanatismo a las labores de la vida social propia del ser humano. La sociedad tiene entonces perfecto derecho para entorpecer el abuso del libre albedrío del individuo, así como lo tiene para impedir i castigar aquellos delitos que de cualquier modo envuelven atentado contra la existencia del cuerpo social. I todo ello, si otras razones no hubiera, en virtud del derecho de la propia conservación que autoriza a todo ser humano o conjunto de seres humanos debidamente constituidos para evitar la mutilación de todos i cada uno de sus miembros.

Pero hai otro aspecto por considerar